

SINODALIDAD: COMUNIÓN Y PERTENENCIA

Dom Leomar Antônio Brustolin – Arzobispo de Santa Maria – Brasil

INTRODUCCIÓN

El centro de toda nuestra experiencia de fe es Jesucristo. La Iglesia recibió de él la misión de continuar su obra salvífica. Sabemos que “conocer a Jesús es el mejor regalo que cualquiera puede recibir; haberlo encontrado fue lo mejor que nos pasó en la vida, y darlo a conocer con nuestras palabras y obras es nuestra alegría”.

Anunciar el Evangelio es decirle al mundo que tenemos una buena noticia que llega a todos y trae una gran alegría. La Buena Noticia es el amor de Dios derramado en nuestros corazones por la acción de su Hijo Jesucristo. El Espíritu Santo nos asiste en este camino y, por tanto, somos testigos del amor de Dios hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8).

La forma de evangelizar de Jesús debe definir el modo en que sus seguidores realizan en todo momento la misma tarea. Actúa siempre como el que sirve, dispuesto a soportar los sufrimientos, los pecados y las incomprendiones de sus hermanos. Anuncia la Buena Noticia del Reino a los pobres y pecadores. Él llama a todos a cambiar su vida según lo que Dios quiere para la humanidad. Nadie está excluido de su mensaje. No se deja vencer por el odio y la violencia.

El modo de evangelizar de Jesús se caracteriza por la cercanía a todos, especialmente a los que están más lejos y separados. Va a buscar la oveja perdida y celebra cuando la rescata. (Lc 15,3) Para poder actuar así, Jesús va al encuentro de las personas donde están, desciende a los lugares más oscuros de injusticia, discriminación, avaricia, apatía y donde el dolor y el sufrimiento alcanzan su grado más intenso. Él ilumina estas realidades con su luz.

La Buena Nueva de Jesús, sin embargo, sufre resistencia. Su amor no siempre es correspondido, él evangeliza con el perdón. Es capaz de amar a sus enemigos, orar por ellos y perdonar incluso a quienes lo crucifican. Finalmente, evangeliza, dando su vida

para que la muerte sea vencida, porque “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

SIGNOS DE NUESTRO TIEMPO

Luego de la pandemia del COVID 19, ante las diversas situaciones sociales, económicas, políticas y culturales que dejan a todos perplejos e inseguros, podemos decir que estamos viviendo tiempos apocalípticos. Contar los tiempos de los cambios que están ocurriendo y los desafíos aparecen por todas partes. No es sólo un tiempo de cambio, sino un cambio de tiempo. Algunos cambios de emergencia se volvieron permanentes. Desafíos sin precedentes aparecen y nos interpelan como cristianos.

Nuestra sociedad no es una realidad que se deja iluminar por el amor de Cristo, sino la peligrosa red de dominación y manipulación que amenaza la vida y ni siquiera se ocupa del sentido de la eternidad. Estamos viviendo cambios profundos que afectan a todos.

Llevamos un estilo de vida tan frenético que casi se nos impide meditar, reflexionar e incluso rezar como necesitamos. Muchas palabras han perdido su fuerza y nuestro mundo se ha vuelto demasiado verboso. Estamos inundados con un torrente de palabras vacías. Muchas veces nos encontramos en una red de debates, discusiones y argumentaciones que nos distraen de la verdad y nos hacen caer en radicalismos desenmascarados por los hechos.

En este contexto, algunos se desaniman, otros se acomodan y la mayoría asume una posición sin discernir los temas. Hay cristianos que se adaptan perfectamente a este tiempo y acaban viviendo más en su propio nombre que en el de Jesucristo. Superar la superficialidad y asumir la propuesta del Evangelio se convirtió en un acto heroico. Entonces, podemos preguntarnos: **¿Qué está diciendo el Espíritu Santo a los Institutos Seculares en este contexto?**

Los nuevos contextos provocan nuevas posturas. Esto vale para la educación, la vida familiar, la organización social y para cada persona. Aparece una nueva relación

entre el ser humano y la realidad terrena. Hay una fascinación entorpecedora en gran parte de la humanidad, confiada en caminos de felicidad fugaz y elecciones provisionales

La pandemia reveló una enfermedad que, en el fondo, es expresión de nuestros estilos de vida. Nuestros caminos individualistas ya no son capaces de equilibrar a las personas y los contextos que conocemos. Se queja de la crisis de valores, pero se olvida de los asuntos comunitarios y públicos, prefiriendo que cada experiencia individual sea eterna mientras dure.

Este nuevo contexto está lleno de incertidumbres y resistencias. Engendra tristeza y aumenta la violencia y la pobreza. Vivir superando tanto la depresión como la euforia, la injusticia y la miseria, requiere la sabiduría de un proyecto de vida guiado por el Evangelio. En esto, podemos ofrecer una luz para aquellos que están en busca de sentido para vivir y ética para vivir juntos.

DISCERNIMIENTO

Una nueva realidad, sin embargo, nos impulsa a revisar nuestros métodos de anunciar la Buena Nueva, partiendo de la fe y fortaleciendo el sentido de pertenencia en una comunidad eclesial. Hay muchos hermanos y hermanas que nos desafían a transmitirles la belleza de la fe que hemos recibido de generaciones anteriores a nosotros.

También necesitamos examinar cómo podemos ayudar a la sociedad a buscar el bien común en medio de la pluralidad de hoy. Nuestra presencia en temas públicos, sociales y culturales es necesaria. Somos una voz que puede ayudar, uniendo fuerzas con otras instituciones que persiguen los mismos fines del humanismo integral y solidario.

La Iglesia existe para evangelizar, y nada debe interponerse en el camino de esa misión. Todo lo que obstaculice, distraiga o desvíe de esta tarea debe ser revisado para ser fieles a Jesús, Maestro y Señor. Evangelizar requiere también un compromiso con la

sociedad y el planeta. La Iglesia asume su responsabilidad de trabajar por la paz, por el cuidado de la Creación y por la justicia social. Evangelizar, por tanto, no es una propuesta sólo para los asuntos internos de la Iglesia, la misión nos desafía.

EVANGELIZAR

La Iglesia nació como misión evangelizadora, ya que participa de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el designio del Padre. El origen de esta misión es el amor de la Santísima Trinidad por sus hijos e hijas. La humanidad necesita conocer y acoger el amor de Dios. Anunciar el Reino: esta es la misión. Esta tarea tiene su origen y destino en la patria trinitaria, en el Reino de Dios.

La misión de la evangelización es anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios. Jesús reveló que no somos huérfanos, tenemos un Padre. Al aceptar esta paternidad, estamos llamados a responder al Padre, que nos llama a todos a ser hermanos. La paternidad de Dios nos lleva necesariamente a la fraternidad.

Para que todos seamos hermanos y hermanas como Dios quiere, la misión debe prestar especial atención a aquellos a quienes se les niegan sus derechos como hijos del mismo Padre. Los pobres, marginados y olvidados de la sociedad necesitan recibir la Buena Noticia de la paternidad, y la humanidad necesita aceptar el sentido concreto de la fraternidad.

La misión se hace en palabras y gestos. Las obras cooperan con la doctrina, y las palabras deben proclamar las obras. No hay manera de separar la relación entre fe y vida, culto y ética, amor a Dios y amor a los hermanos y hermanas. Esta es la misión: anunciar el amor de Dios a todos, especialmente a los que más sufren.

Llegar a quienes se han distanciado o no conocen nuestra fe es la primera tarea de nuestras iglesias, y aún hoy representa nuestro mayor desafío. No podemos quedarnos tranquilos, en espera pasiva, en nuestros templos, porque la alegría del Evangelio, que da sentido a la vida de los discípulos, es alegría misionera.

SENTIDO DE PERTENENCIA

Una diócesis es “una porción (portio) del Pueblo de Dios encomendada al cuidado pastoral de un obispo, asistido por el presbiterio, para que, adhiriéndose a su pastor, por el Evangelio y la Eucaristía, unidos en el Espíritu Santo, constituye una Iglesia particular, en la que está verdaderamente presente y operante la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica”.

Los elementos esenciales que caracterizan a la diócesis son: la porción del pueblo de Dios, el Espíritu Santo, el Evangelio, la Eucaristía y la presidencia del obispo. Estos elementos no están todos en el mismo plano: el Pueblo de Dios está reunido en el Espíritu Santo, que es el primer edificador, gracias al Evangelio y a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía, que es el sacramento de la unidad, mientras que el obispo está al servicio de todo el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

Estos elementos que constituyen la diócesis expresan que la Iglesia particular es la Iglesia de Dios en sentido pleno. La Iglesia particular (diócesis), sin embargo, no es una realidad separada ni autosuficiente. Inserida en la relación de comunión, la diócesis mantiene su realidad de Iglesia estableciendo relaciones con otras iglesias particulares y con el Papa. De ahí el sentido de diocesanidad, es decir, el sentido de pertenencia a una iglesia diocesana como expresión de toda la Iglesia. Cada Iglesia está dirigida por un obispo y ninguna interferencia exterior debe menospreciar los deberes y derechos que le incumben en la relación de comunión. Nada puede dañar la comunión de la Iglesia particular entre sí y con la Iglesia universal.

SINODALIDAD

El término *sinodia* (*de syn-odos*) indica un camino común, caminando por el mismo camino, reuniéndose. Los cristianos, desde sus orígenes, utilizaron el término para indicar la asamblea litúrgica y, sobre todo, la Iglesia misma. Para san Juan Crisóstomo, “la Iglesia es el nombre de la convocatoria y del encuentro”. La existencia y desarrollo de la sinodalidad es el fruto normal de una Iglesia-comunión, que es fraternidad en Cristo.

La sinodalidad es la capacidad de todos los fieles de participar, en virtud de su Bautismo, en la vida activa de la Iglesia, en la edificación de su Cuerpo. Significa que todo bautizado, siendo miembro de la iglesia-comunidad, se siente partícipe del bien común fundamental de la Iglesia, que es la comunión.

Si un Instituto Secular, una comunidad o parroquia anduviera diferente a las directrices de la Arquidiócesis o de la Santa Sede, se configuraría como un club de miembros y no como una casa de hermanos; podría formar una cofradía, pero no la reunión de los discípulos de Cristo; puede ser un equipo de trabajo, pero no una familia de fe que tiene al Papa ya los obispos como pastores y guías.

El Espíritu promueve la comunión, porque al final, Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28). Aunque aparezcan divergencias y diferencias de opinión, lo que es incluso necesario, necesitamos mantener una auténtica comunión, que se exprese en caminar juntos, sin rencores y sabiendo acogernos como miembros de una misma familia.

La distinción debe unirnos, no separarnos. La diversidad se afirma en la Iglesia, como en las familias, donde cada hijo tiene sus propios gustos y carácter. La Iglesia es la familia, es el hogar, es la casa en la que vivimos. La Iglesia es plenamente católica cuando todos, de diferentes maneras, se unen en un mismo fin: llegar a la casa del Padre.

COMUNIDADES DISCIPULARES – ad intra

El término comunidad es un concepto que, en sí mismo, tiende a valorar más la colectividad que la singularidad. Esta noción está establecida por lazos tribales fuertes y antiguos, a través de los cuales las personas se sentían pertenecientes por sangre, parentesco o amistad. Esta visión contrasta con una percepción más individualista de la realidad, presente en el mundo latino y heredera de la civilización romana.

El redescubrimiento de la comunidad es la esencia del ser cristiano y de ser Iglesia. El bautizado nace para Cristo y para la salvación en la comunidad y se une a ella activamente. Éstas son la forma y condición de posibilidad de ser cristiano. Sin comunidad no hay cristianismo auténtico. No existe una fe cristiana individualista, ni siquiera por libre

elección, porque siempre existe la mediación del otro, de los demás. La Santísima Trinidad es la inspiración más absoluta para esta vida comunitaria y no solitaria.

Teológicamente, la palabra comunidad significa la íntima unión o comunión de las personas entre sí, y de ellas con la Santísima Trinidad. La comunión de la comunidad cristiana con la Trinidad se realiza, fundamentalmente, a través del Bautismo y la Eucaristía. De este modo, la comunidad participa de la vida divina compartiendo la vida fraterna, comulgando en la misma mesa, profesando la misma fe recibida de los apóstoles, testimoniando la caridad, que revela el amor salvífico de Dios por toda la humanidad.

La comunidad cristiana no nace de abajo, sino de arriba, de Dios, que despierta en el corazón humano el deseo y la necesidad de las personas de vivir juntos en Cristo. En ella se manifiesta el misterio de la Iglesia, y está constantemente llamada a ser misionera de la obra salvífica que Cristo realiza. Siendo signo de salvación en este mundo es la colaboración de la comunidad cristiana para el advenimiento del Reino de Dios.

Una comunidad cristiana no es un grupo de simpatizantes o socios, sino miembros de una familia, donde todos pueden ser diferentes, pero se sienten profundamente unidos por la sangre que les da identidad. Lo que hace a alguien miembro de una comunidad es el hecho de ser bautizado.

La comunidad cristiana debe transmitir la fe ejerciendo su misión de ENSEÑAR, debe celebrar la fe ejerciendo su misión de SANTIFICAR, y debe cuidar la vida de las personas y de la Creación, desde la fe, ejerciendo su misión de GOBERNAR (pastor) como un servicio. En el contexto actual, en Santa María, es urgente involucrar a más laicos en el proceso de fortalecimiento de las comunidades de discípulos misioneros de Jesucristo. En este sentido, la propuesta del Papa Francisco para los ministerios laicos es indispensable.

FRATERNIDAD Y AMISTAD SOCIAL – ad extra

Los dramas humanos, las angustias y los desafíos de la humanidad provocan que la fe cristiana no huya del mundo. El Dios que asume la carne humana para la

salvación de todos alcanza la realidad humana en su existencia multiforme. Así, el cristianismo se preocupa tanto de las personas individualmente, dándoles sentido a la existencia, como de las comunidades y sociedades, de las relaciones que determinan y legitiman la vida del individuo como ser creado para la comunión y no para la soledad.

La propuesta de valorizar la amistad social y la fraternidad se desarrolla en la encíclica *Fratelli Tutti*, firmada por el Papa Francisco en octubre de 2020. La encíclica propone superar la cultura del individualismo retomando la fraternidad y destaca lo analfabetos que somos al acompañar, cuidar y apoyar a los más frágiles y vulnerables, como participantes de una sociedad que tiene al desarrollo como principal horizonte. Advierte que mucho se ha discutido sobre la libertad de la igualdad de derechos, pero poco se habla de la fraternidad. La mera suma de los intereses individuales no es capaz de generar un mundo mejor para toda la humanidad. Nuestro objetivo común es tomar conciencia de que realmente todos somos hermanos, después de todo, no somos huérfanos, tenemos un Padre.

En la confrontación entre el mensaje evangélico y los desafíos de cada tiempo, no puede haber neutralidad ni indiferencia. Todas las formas de exclusión, injusticia, violencia y mentira afectan profundamente al ser cristiano y, por tanto, generan posiciones y actitudes que desenmascaran las fuerzas que deshumanizan.

Los cristianos viven en el mundo, pero saben que su patria es el Reino de Dios, sin embargo, son conscientes de que deben dar testimonio del Eterno en medio de las realidades terrenas, por lo que se comprometen en la búsqueda de una vida más justa y fraterno, y trabajar por un humanismo integral y solidario.

CONSIDERACIONES FINALES

Todo lo que hacemos y somos tiene una sola razón: Dios, pero como Él nos reveló que es Padre, somos necesariamente hermanos y, por tanto, una evangelización con sentido de fraternidad es inseparable. Sin padre no hay hermanos, sin sentido de hermandad hay orfandad. Amemos a Dios y al prójimo, esta es la síntesis de nuestra misión evangelizadora.

Ante los llamados a distraer y anestesiar el sentido de la vida y la ética, somos testigos del amor, semillas del Reino de Dios. Nuestra misión es ayudar a las personas a abrir sus corazones para aceptar una realidad concreta, pero a menudo pasada por alto, de la presencia amorosa de Dios en sus vidas. No se trata de multiplicar actividades, encuentros y compromisos, sino de evitar que las personas estén tan ocupadas que ya no sean capaces de escuchar y responder a la voz de Cristo, que siempre nos interpela. Somos siempre vocacionados.

Caminemos juntos, con sentido de pertenencia a la Iglesia de Dios, con la mirada fija en Jesucristo, asumamos nuestra misión, que es permanecer firmes en la fe, proclamando la Buena Nueva de Jesús al mundo. No tengamos miedo de ser mal interpretados, como el Crucificado, la vida y la verdad siempre ganan. Seamos cooperadores de esta verdad que es Cristo.

Quien tiene a Dios nada le falta, no seamos rehenes del radicalismo y del fanatismo, ni de la secularización, de la privatización de la religión o de un ateísmo práctico. Es hora de ser menos superficiales y más místicos, menos polémicos y más proactivos en la fe, menos tibios y más revestidos del Espíritu, que calienta los corazones.

Nos acompañe la Virgen María, Madre de Dios y nuestra. Ella nos enseña a escuchar la voz de Dios que nos envía siempre anuncios de Vida Nueva. Ella nos trae a Jesucristo, fruto bendito de su vientre. Que Ella permanezca con nosotros en oración, como en el Cenáculo, para que recibamos la fuerza del Espíritu y hagamos todo lo que Jesús nos diga. Amén.

REFERÊNCIAS

JOÃO PAULO II, *Catecismo da Igreja Católica*, São Paulo / Petrópolis: Loyola / Vozes, Paulinas / Paulus / Ave Maria, 1998.

CONGREGAÇÃO PARA O CLERO. *Diretório Geral para a Catequese*. São Paulo: Paulinas, 2002.

CONGREGAÇÃO PARA O CULTO DIVINO. *Ritual da Iniciação Cristã de Adultos*: tradução portuguesa para o Brasil da edição típica. São Paulo: Paulinas, 2003.

CONSELHO EPISCOPAL LATINO AMERICANO. *Documento de Aparecida: Texto conclusivo da V Conferência Geral do Episcopado Latino-Americano e do Caribe*. São Paulo: Paulinas, 2007.

FRANCISCO. *Exortação Apostólica Evangelii Gaudium*. São Paulo: Paulinas, 2013.

FRANCISCO. *Exortação Apostólica Amoris Laetitia*. São Paulo: Paulinas, 2016.

JOÃO PAULO II. *A catequese hoje: Exortação apostólica Catechesi Tradendae*. São Paulo: Paulinas, 1982.

PAULO VI. *Evangelii Nuntiandi: Exortação apostólica do Sumo Pontífice sobre a Evangelização no mundo contemporâneo*. São Paulo: Paulinas, 1976.

